

LA FIESTA DE DISFRACES

Un joven pasea con gesto angustiado, como si buscara algo y no lo encontrara; o como si estuviera esperando a alguien que no acaba de aparecer. También podría ser que se sintiera acosado por alguien que, en cualquier caso, permanece ausente.

Deambula por un parque simplificado, con los árboles y las flores, los bancos y farolas como dibujados sobre cartón con gruesos trazos negros, coloreados con tintas planas y brillantes y finalmente recortados y pegados al suelo con cola arábica.

Pero el joven no se da cuenta de nada, sumido como está, es evidente, en su angustia, sea esta producto de la búsqueda, la espera o el acoso.

Lo que sí parece llamar su atención es que el horizonte desde el que emana la luz rojiza y difusa que ilumina el cielo está absurdamente cercano. Tras cavilar unos instantes sobre el asunto hace un gesto con la mano como para disipar una nube, o espantar una mosca, y prosigue su camino.

Al poco descubre un cartel en forma de flecha que dice “Fiesta”. Visiblemente calmado y tarareando una melodía que recuerda mucho a Bartok, el joven toma la dirección indicada por la señal.

Es raro pero, al desplazarse el fondo en sentido contrario al de su avance y sumarse, por tanto, ambas velocidades en virtud del principio de relatividad, parece el joven pasar rapidísimo junto a hermosos macizos de adelfas y buganvillas, lirios y flores del paraíso, margaritas gigantes y rosas de cartón piedra.

La marcha se interrumpe al aparecer en medio del camino un edificio exento y aproximadamente cúbico. En sus lisas paredes alguien se ha entretenido en pintar columnas jónicas, arquivoltas con metopas, tímpanos historiados y cosas así. Sobre la puerta principal, en grandes caracteres cursivos, se puede leer la palabra “Fiesta”, lo que explica que el joven penetre en su interior sin mostrar ni un asomo de duda. Dentro encuentra un amplio vestíbulo con una puerta verde enfrente y el mostrador de un guardarropa a la izquierda. En la puerta verde, en letras muy pequeñas, como dicho en voz baja, como susurrado, un diminuto cartel enmarcado con volutas rosadas anuncia: “No entres sin disfraz”.

El joven se mira contrariado: es evidente que su atuendo no puede considerarse tal cosa. Entonces ve en el guardarropa una flecha; y sobre la flecha un neón encendido que dice “Disfraz”; y bajo la flecha, una caja; y dentro de la caja, un precioso traje de Pierrot que el joven contempla con repentino arrobamiento.

El recién estrenado Pierrot accede a la fiesta con gesto ilusionado. La descubre inmensa y blanca, porque inmenso es el salón donde se desarrolla y blanco cuanto puede ver: los altos techos, los immaculados suelos, las desnudas paredes. También es blanca la barandilla de la escalera que sube a la galería de los músicos, aunque en este caso sea innecesaria, porque los cientos, quizá miles de invitados, todos igualmente disfrazados de Pierrot, bailan en silencio, sin música, sin palabras, solo acompañados del frufrú de seda de los trajes que visten sin que sea posible encontrar diferencia alguna ni en sus grandes botones, ni en sus gorgueras, ni en sus gorros.

El joven se sumerge en la blanca marea de homogeneidad y se pone a bailar con auténtica dedicación en el gran salón blanco donde sus compañeros de fiesta giran y danzan sin hacer apenas ruido: bailan sueltos dando saltitos con los brazos levantados, o giran emparejados y cogidos del talle y una mano, o desarrollan complejas coreografías en grupos más numerosos, pero siempre al unísono del sordo frufrú de sus trajes de Pierrot.

Se le ve bien al joven en la fiesta, inmerso en el ritmo tácito del baile, concentrado en sus pasos, con los ojos cerrados, como si se hubiese abandonado al disfrute de íntimas sensaciones o, por el contrario, a un subyugante movimiento colectivo.

Y así continúa un buen rato hasta que el metálico y cantarín tintineo de unos cascabeles le hacen perder la concentración y hasta el gesto. Levanta la cabeza como un lebril avisado y al acecho: Pierrot parece olfatear el aire más que oírlo. Pero sus esfuerzos son en vano, porque nunca logra ver al dueño de los cascabeles. Siempre oculto tras los cientos de pierrots que, como blancas peonzas, rotan todos respecto de sí mismos, como astros, o como perros persiguiéndose el rabo, no es más que un rombo de color que relampaguea por la sala, un fugaz destello que hiera la fiesta y cizalla la blancura del baile.

Corre Pierrot tras la estela de color que nada sinuosa como una anguila en un pantano lechoso y burbujeante. Se le ve parar un instante y girar la cabeza siguiendo los sonos de campanillas. Y reanudar la carrera y sortear los obstáculos que antes fueran compañeros de baile. Y zigzaguear y buscar sin descanso. Pero todo resulta inútil: por más que se esfuerza nunca logra ver al bailarín desaparecido.

Súbitamente, la marcha de Pierrot deja de ser errática: cruza el salón con paso firme y sube por la escalera, salvando los peldaños de dos en dos, para aparecer enseguida en la galería. Apoyado en la baranda y con el cuerpo echado hacia delante, se le ve otear el baile. Y es que sin duda ha tenido una gran idea, pues desde su atalaya domina por completo el gran salón: allí, en medio de los blancos pierrots, que al dejar de bailar parecen asustados tentetiesos, ve por fin a Arlequín, el bufón, el del traje de losanges y sombrero de cascabeles. Plantado en el centro, arrogante, con los brazos en jarras y la cabeza levemente ladeada, Arlequín mira en lo alto a Pierrot sin poder ocultar un gesto de socarrona admiración.

Y así están un rato, contemplándose mutuamente, hasta que de pronto Arlequín hace una reverencia, sale a la carrera y desaparece por una puerta disimulada bajo la escalera. Pierrot se lanza de nuevo en su persecución y alcanza enseguida el rectángulo negro que la puerta abierta ha dibujado en la pared. Descubre que es el arranque de un largo tramo de escaleras que asciende con fuerte pendiente. Arriba, a contraluz y al fondo de un pasillo, ve la figura de Arlequín, que se pierde por la derecha. Otra carrera le lleva a un patio rodeado de arcos y pequeñas columnas. Nervioso, busca a un lado y a otro sin encontrar a su presa, hasta que el tintineo de los cascabeles le hacen mirar hacia abajo, justo a tiempo de ver desaparecer a Arlequín por un pasadizo. Pierrot encuentra el paso tan estrecho que tiene que recorrerlo de costado. Por el otro lado sale a una piscina interior sobre cuyas aguas cruza una especie de puente japonés: en el otro extremo, de nuevo, Arlequín parece esperar...

Cuando Pierrot sale al tejado es de noche. Y llueve. Arlequín, con la respiración agitada y los músculos aún tensos, está a unos metros de él. Se miran desafiantes, con los brazos separados del cuerpo, en duelo. Mientras, el cálido aire nocturno crepita eléctricamente al paso de las gotitas de lluvia. Pese a lo solitario del lugar, sorprende el silencio.

Tras lo que parece una eternidad Arlequín, visiblemente descansado, suspira, relaja sus miembros, arroja al suelo su sombrero y deja que su largo cabello le caiga sobre la espalda. Después, lenta, muy lentamente, como si no quisiese asustar a Pierrot, se va desprendiendo de sus ropas, dándoles tiempo quizá a los posibles testigos para que aprendan su cuerpo: la línea de su pecho, la de sus caderas, la uve de su sexo, el torneado de sus piernas, trazos perfectos que dibuja nítidamente la Luna. Cuando termina, su piel queda cubierta tan solo de agua y luz.

Con una sonrisa, el cuerpo desnudo que fue Arlequín le tiende la mano al joven disfrazado de Pierrot para que se le aproxime, para que acuda a su lado.

Entonces, con la velocidad del pensamiento, el joven se abalanza sobre las ropas de Arlequín, las roba, y huye.

Alberto

<http://sector17.epsilon.es>